

Sólo después de morir Contardo, cuando se conoció este Reglamento, supieron en su casa que el café le gustaba azucarado.

Contardo Ferrini, alpinista

Su Santidad Pío XI, que antes de subir a la cumbre del Pontíficado había subido muchas veces a las cumbres alpinas, en una de sus primeras cartas apostólicas exalta las virtudes de San Bernardo de Mentón, que empleó su vida en ayudar a los caminantes de los Alpes, y le declaró patrono del alpinismo y de los alpinistas. «En verdad—concluye el documento—entre todos los ejercicios de honesta diversión—cuando se evite la temeridad—ninguno puede considerarse más beneficioso que éste para la sanidad del alma y la del cuerpo. Mientras con la dura fatiga y el esfuerzo para ascender adonde el aire es más sutil y más puro, se renuevan y robustecen las fuerzas, sucede también que afrontando dificultades de toda clase se fortalece uno para los deberes más arduos de la vida, y contemplando la inmensidad y la belleza de los espectáculos que desde las sublimes cumbres de los Alpes se ofrecen a la mirada, el alma se eleva fácilmente hasta Dios, autor y señor de la naturaleza».

Contardo Ferrini puede decirse que realizó puntualmente este programa. El mismo año en que terminó su bachillerato, realizaba su primera gran ascensión alpina, al Monte Rosa. A Contardo se le quedó el alma prendida en aquellas alturas y ya nunca interrumpió tan arduas ascensiones hasta los mismos días de su muerte. Porque Ferrini murió al regresar de una excursión que, proyectada al Monte Rosa, hubo que acortár por el estado de su salud; bebió agua de un arroyo, probablemente contaminado, y murió de tífus el 17 de octubre de 1902.

«El alpinismo—dice Olivi—era su pasión. Una jira a los Alpes tenía la virtud de hacerle dejar, por algunos días, los profundos estudios que le absorbían totalmente. En aquellas excursiones encontraba siempre temas nuevos para liberar el cuerpo y el espíritu».

Mil veces Ferrini capitaneó grupos de alpinistas que, en Suna, venían a encomendarse a su gran experiencia y a cuyos ruegos accedía fácilmente, alegre y jovial entre los camaradas. Era un guía grato, no sólo por su experiencia montañera, sino porque hablaba con entusiasmo de aquellas cumbres, proporcionaba datos geológicos y de la flora y de la fauna alpinas. Si la cultura de sus interlocutores lo permitía, añadía a sus explicaciones la gracia de la poesía griega, latina o alemana, y cuando a tanto no llegaban sus

